

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sahemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

Esta Asociacion no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

JESUCRISTO.

I.

En época no muy lejana, atendida la duracion de los períodos históricos, al solo eco de este nombre inclinábanse todas las frentes y palpitaban de amor todos los corazones. Porque Dios enalteció al que lo llevaba dándole un nombre que es sobre todo nombre, para que en virtud del mismo doblaran su rodilla henchidas de gozo las gerarquías del cielo, penetrados de admiracion y respeto los moradores de la tierra, conturbadas y estremecidas las potestades del infierno. Entonces toda lengua confesaba la gloria del que está sentado á la diestra de Dios Padre, y toda inteligencia reconocia la altísima significacion del nombre que resonaba desde el oriente al ocaso y desde el septentrion al mediodia. Una extension de millares y millares de leguas, cruzada de rios, cubierta de valles, erizada de montañas substituia á la agujereada roca del calvario en que se habia fijado el pié de la cruz. Escepto algunos territorios que gemian bajo la dominacion del alfange sarraceno, escepto los tristes restos de Judá que dispersos entre las naciones lamentaban su humillacion y la ruina de su templo, el mapa de la cristiandad podia calcarse sobre el antiguo mapa del mundo conocido. Mas allá de sus confines y en regiones no descritas por la cosmografía hallábanse envueltos en las tinieblas de lo desconocido los que vivian sumergidos en las ti-

nieblas morales de sus groseras supersticiones. Pobres ciegos que aun no habian tenido la dicha de oir los pasos ni la voz del que tiene el poder de curar toda ceguera! Jesucristo era el único sol que tendia sus rayos sobre el mundo civilizado. Su divinidad era un dogma inconcuso, la aceptacion de este dogma un hecho universal, las razones de esta aceptacion formaban una especie de axioma incontrovertible.

Al testimonio irrefragable del mismo Jesus, á la claridad decisiva de los sagrados textos, á la cadena nunca interrumpida de la tradicion, á la admirable estructura del edificio teológico, al conjunto armónico de pruebas confirmadas por la razon y la filosofía, agregábanse las deducciones sacadas del libro de la historia. ¿Qué se habian hecho las heregias que con tanta furia atacaron la divinidad de Jesucristo, y que de tan diversos modos trataron de explicar la esencia y naturaleza de tan singular personage? ¿Qué era ya del polvo que para obscurecer tan sublime dogma levantaron con sus objeciones, sutilezas y cabilosidades? Un dia pudo decirse que poco habia faltado para que el mundo amaneciera arriano. Los corifeos de la nueva doctrina regocijábanse en el colmo de su engreimiento contando con la proximidad de una victoria completa. El canto de la sirena habia resonado en oriente y en occidente: la diadema de los Césares, las coronas de los reyes, las mitras de los obispos se habian empañado con el hálito

pestilente de sus palabras: los pueblos siempre amigos de novedades les aclamaban por maestros: las espigas lozanas ó enfermizas casi desaparecían bajo la espesura de la cizaña; pero los eclipses del sol nunca son duraderos. Así como Xerxes lloraba al considerar que dentro de pocos años no quedaria de su inmenso ejército ni un soldado con vida, así hubieran llorado los fautores del gran perturbador de la Iglesia si hubieran podido comprender lo efímero de su triunfo, el temprano descrédito de sus teorías, la vanidad de sus esfuerzos para encarnarlas en las generaciones venideras. La marejada fué terrible, imponente, devastadora; pero se estrelló al fin en la roca inquebrantable. Los nietos cual ovejas descarriadas volvieron al redil que habían abandonado sus abuelos. ¿En qué rincón de la tierra se pronunciaba entonces el nombre de Arrio sin que le siguiese la exclamación de *anatema*?

¿Y cómo no había de hacer mella en un espíritu reflexivo el contraste que ofrece la vitalidad de este dogma que sobrepuja á la razón, con la insubsistencia y caducidad de las místicas ó filosóficas teorías que pretendieron su plantarlo? Aquel se propaga tranquilamente, se estiende por todas partes, avasalla todas las inteligencias y se perpetúa al través de los siglos; y estas, que acercándose mas al racionalismo brotaron y cundieron entre el hervor de las disputas, no tardan en derrumbarse y desaparecer del todo apesar de las arterías de sus doctores, de la arbitraria protección de los príncipes, del acalorado fanatismo de los pueblos. ¿No hay algo de maravilloso en ese germen de vida que resiste á los titánicos esfuerzos de una lucha desesperada, ni en ese germen de muerte que impide legar á las futuras generaciones el fruto de tan desdichados esfuerzos? ¿No hay algo que estudiar en este fenómeno que así se desvia del curso natural de los acontecimientos humanos?

En mal hora la iglesia de oriente se apartó de su hermana la iglesia latina; mas aunque dió cabida á dogmáticos errores, no por esto se echó en brazos de la antigua heregía. No era la posteridad de Arrio la que fabricaba á

un tiempo intrigas y sofisterias, la que gastaba con subidas y bajadas las escalinatas del palacio bizantino. La iglesia cismática confiesa sin tergiversaciones ni reticencias la consubstancialidad del Hijo con el Padre, conserva en este punto la fe primitiva y continúa firmemente adherida al símbolo de Nicea. Mas tarde nuevas agresiones desgarraron el seno del catolicismo. Inteligencias orgullosas y aferadas á su propio dictámen, corazones maleados y henchidos de villanas pasiones, se dieron la mano para substraerse al yugo saludable de la autoridad. Aparentando la convicción de que ellos solamente sabían leer en las sagradas páginas, los novadores trataron de arrebatár á la iglesia católica su diploma de maestra universal, de cancelar su privilegio exclusivo en materias de enseñanza religiosa, de levantar en cada conciencia un tribunal de alzada que pudiera revocar sus fallos, de otorgar á la razón individual de cada cristiano derechos y facultades que Jesucristo no le había concedido. Y en su funesto propósito no advirtieron tal vez que no solamente á la fe la hacían súbdita de una razón versátil, caprichosa y liviana, sino que la hacían hasta esclava de un amo demente, de la imaginación que es la loca de casa. Pero al sentar el erróneo principio que rebajaba la dignidad de la Esposa no previeron sin duda que de consecuencia en consecuencia se rebajaria la dignidad del Esposo, y se pretenderia nada menos que arrebatárle su auréola divina. Si tal hubiesen sospechado habrían retrocedido espantados de su propia obra, y el alma feroz y sombría de Calvino se hubiera reblandecido, se hubiera humillado el satánico orgullo de Lutero y el brutal Enrique VIII hubiera puesto un freno á su desapoderada incontinencia. No, no se figuraban ellos que del manantial que abrieron habían de brotar aguas tan cenagosas y corrompidas, que una negación traeria otra negación, que se llegaria con el tiempo hasta suponer convertido en ídolo al Cristo que adoramos en nuestros altares. Pero la lógica del error es mas fuerte y poderosa que la voluntad de los que siembran y propagan los errores. No se sale así del catolicismo para permanecer sen-

tado á sus orillas: ó no se escucha la lógica, ó se resbala hasta el fondo del abismo.

Hijos de la iglesia católica, parciales de la ortodoxia griega, sectarios de la llamada reforma, todos convienen en que el Justo de Nazareth, el hijo de Maria es á un tiempo Dios y Hombre verdadero. Los musulmanes mismos, si no han de ponerse en contradicción con su libro por excelencia, tienen que considerarle como un sér de superior gerarquía. Hay un guarismo que no puede fijarse con exactitud por su misma grandeza, que se escapa á las mas ingeniosas conjeturas de un cálculo aproximado, un guarismo asombroso que espanta á la imaginacion, y es el número de los individuos que han rubricado con su propia sangre la confesion de la divinidad de Jesucristo. Este hecho que carecia de precedentes en la historia no puede ser comparado seriamente con otros que tengan algo de parecido. Y en frente de este testimonio, que es cuando menos un milagro en el órden moral incontestable, ¿la incredulidad y el racionalismo osarán oponerse á una afirmacion que data de diez y nueve siglos y resuena todavía por trecientos millones de bocas?

Muy alto habla la historia en favor de Jesucristo, mas no dejan oír su voz las aberraciones y el orgullo de una supuesta filosofía. Una atmósfera caliginosa, saturada de pútridos miasmas que proceden del corazon, envuelve no pocas inteligencias y cierra el paso á los rayos de la luz verdadera. Las corrientes de la duda la agitan sin enrarecerla ni despejarla. Triste cosa es acostumbrarse á vivir y respirar en ella. Triste cosa es que para aquellos que nacieron en el seno del cristianismo y sellaron sus frentes con el agua regeneradora y balbucearon con labios infantiles tiernas plegarias á Jesus, este nombre, que fué para ellos una invocacion dulcísima, se haya convertido en una especie de obscuro problema.

Y lo mas triste todavía es que tan grave problema, *Qué es, Quién es Jesucristo?* apenas hiere su imaginacion, apenas les sobresalta en medio de sus placeres y vanidades, apenas tiene para ellos mas importancia que si se

tratara de cualquier filósofo de Grecia ó de Roma. Siquiera reconcentrasen todas las fuerzas de su inteligencia y meditaran en la soledad del recogimiento! Mas como si la ligereza bastase para libertar de la zozobra se contestan: *no es Dios*, y se persuaden de que su arrojado basta para conquistarles la ficticia seguridad á que se abandonan. Pues si no es Dios, ¿qué es? acaso un mero individuo de la raza humana? Pero ¿cuándo esta raza ha producido en el órden moral gigantes de esta especie? ¿Porqué hubo de ser Jesus la única muestra de una produccion tan portentosa? ¿No dice uno de vuestros doctores (el Dr. Strauss) que nunca habia aparecido en la historia de la humanidad un personaje que tanto descollara sobre los demás, y que es muy probable que en el transcurso de los siglos no aparecerá su semejante? Pues si nosotros los católicos no la poseemos ¿dónde está la razon de tan singular privilegio? Por qué hubieron de agotarse en Jesus las fuerzas expansivas de la naturaleza? Si es Jesus un prototipo de perfeccion inimitable, y si vuestra ley del progreso realiza de dia en dia el perfeccionamiento de la humanidad, ¿cómo es que no ha aparecido en nuestros tiempos en que la perfectibilidad debe de estar mas desarrollada si no es que tope ya los umbrales de su apogeo? Cómo poner de acuerdo las cualidades de Jesus con las de la época en que vivia? Afirma otro de vuestros doctores (Mr. Havet) que un trastorno de las leyes que rigen el mundo moral seria un milagro tan imposible como un hecho que se opusiera á las leyes del mundo físico, ¿pues cómo no reconocéis un milagro en esta infraccion de la ley del progreso? Ah! si Jesus está en la cima de la perfeccion, ¿no ha de ser trepando á esta cima como ha de labrarse el perfeccionamiento de la humanidad?

Con una simple negacion respondeis á las afirmaciones de tantos centenares de millares que adoran á Jesucristo, y decís muy tranquilos: otro mayor número ni siquiera le conoce. La incredulidad taimada, que todo lo falsea con tal de sacar algun partido en favor de sus ideas; no ha tenido inconveniente en abultar la cifra de los que profesan estrava-

gantes religiones. Segura estaba de que no se le pedirían ni los fundamentos de sus cálculos ni estadísticas oficiales para compulsar sus asertos. Una obra tan clásica de geografía como la de Malte-Brun continuada por M. Huot (Paris 1854) dice que la población actual del mundo puede calcularse en setecientos cincuenta millones y que de seguro no pasa de ochocientos. Mas esto ¿qué importa? La verdad, la importancia, la justa apreciación de las ideas religiosas no se reducen á cuestiones de guarismos. Sea el número que se quiera el de los fetiquistas, el de los sectarios de Brahma y de Budha; pero ¿dónde están sus literatos, sus metafísicos, sus profundos pensadores? dónde están la civilización, la inteligencia, el sentido moral de estas apiñadas muchedumbres? ¿Acaso seguís las huellas de sus historiadores, de sus filósofos, de sus artistas? ¿Acaso pretendéis adelantar vuestra ciencia con sus descubrimientos, fabricáis leyes políticas al igual de las suyas, tomáis su gobierno y su régimen social por modelos? Pues si para nada las tomáis en cuenta, ¿por qué acordaros de ellas para emanciparos de las creencias religiosas y sacudir de vuestra alma la fé en la divinidad de Jesucristo?

Negándola el racionalista cree haber disipado las sombras del misterio que tan inquieto le traían; pero admitida esta solución ¿no nace desde luego otro problema de bastante gravedad para dar tortura á su inteligencia? Si Jesucristo no es Dios ¿cómo ha podido ser adorado por espacio de diez y nueve siglos? cómo ha podido sojuzgar á la humanidad tan descabellada idea? cómo sus mayores lumbreras han podido admitirla? cómo los mas poderosos elementos contra ella conjurados han sido impotentes para aniquilarla? cómo la han proclamado por su mas alta gloria las naciones civilizadas? cómo en los pueblos donde no predomina esta idea, no se encuentran artes, ni ciencias, ni leyes, ni historia, ni rastro de cultura intelectual? Ah! rechazais las santas oscuridades que atraviesa un rayo de luz divina: bracead pues, y en vano, en medio de esas otras tinieblas que oprimen el pecho y confunden la razón.

T. AGUILÓ.

A LA VIRGEN DE LAS MERCEDES.

ORACION EN LA MONTAÑA (*).

Virgen mia, la reina de la mansion gloriosa,
Tú que al vergel das flores y al viento das frescura,
Tú que de los esclavos suavizas la amargura,
Virgen del alma mia, escucha mi cantar.

Yo vengo á demandarte salud para la Europa
Rendido bajo el yugo del infernal pecado,
Porque al pasar he visto sobre el pavés laureado
En brazos de los viles al pérfido reinar.

De rodillas me postro; mirame, gran Señora,
Cabe tu altar fundado so rústica techumbre;
El agua del arroyo que lame esa alta cumbre
Inspirará á mis versos feliz meditacion.

Solo estoy; tu ministro de saludarte acaba,
Y envuelto en el perfume fugaz del incensario
Mi canto hácia tu trono se eleva solitario;
Recibe, tierna Madre, piadosa mi oracion.

De la ciudad he huido, me aqueja su algazara,
Un manto de tristeza mi corazon rodea,
Hasta esquivé el bullicio de la mezquina aldea,
Y en esta pobre ermita hoy llego á reposar.

Aquí descubro el valle y el prado en lontananza
Tendiéndose á lo largo de los oscuros montes,
Aquí veré tan solo por limpios horizontes
Las sierras azuladas. las sábanas del mar.

No hay miedo que sorprenda mi religioso oido
Aquí de los malvados la elocucion profana;
No hay miedo que al enviarnos la luz de la mañana
El Criador benigno, se turbe mi oracion
Oyendo de los labios del engañado pobre
Alzarse contra el cielo la maldicion impia;
No hay miedo que al perderse por el ocaso el dia
Las farsas del incrédulo aturdan mi razon.

Oh! sí; los moradores de la ciudad me abruma,
Con su falaz idioma hastíanme doquiera;
Del mal enarbolando la sórdida bandera,
Tu nombre solo aciertan, María, á blasfemar.

Ah! ¿no lo ves, ó Virgen? á veces cubre el suelo
La turba clamorosa por calles y por salas,
Y un orador soberbio de la ambicion en alas
Las creencias de sus padres emprende socavar.

¿No lo has visto, Señora? el mar hendiendo vino
De Albion y de Ginebra audaz el emisario,
Y prevenido trae el fúnebre sudario
Con que la fe de España se jacta de cubrir;
Y habla mal del anciano que mora el bien haciendo
Entre las catacumbas de la afligida Roma,
Habla mal del Pontífice en quien la paz asoma
Y su única esperanza ve el orbe sonreír.

(*) Se nos ha remitido para su insercion esta poesia de un jóven compatriota, premiada en Lérida con *accessit* al jacinto de plata.

En libros y folletos la libertad proclaman
Cual hija de los cismas, joyel del ateísmo;
En libros y periódicos cual flor del despotismo
La pura fe cristiana pretenden retratar.

Y esa mentira infame, oprobio de la imprenta,
Ese aborto del crimen por la doblez cegado,
A conmover se atreve las glorias del pasado,
Y se la ve triunfante los ámbitos cruzar.

Ahoga ese aire fétido de la ciudad impura
Por el materialismo cogida entre las redes;
Oh! cuanto de fatiga, laurel de las Mercedes,
Está presente á España! oh! cuanto de dolor!

La esclavitud se acerca... libértanos, Señora.
Oh! quién se viera salvo por siempre de sus manos!
Oh! quién bajo estas bóvedas volviera los lejanos
Históricos recuerdos vivientes en tu loor!

¿Recuerdas, Madre mia, los renombrados siglos?
¿Recuerdas, santa Madre, las glorias catalanas?
Al son de nuestras armas las tribus mas lejanas
Oyeron por los aires tu santa invocacion.

Era tu culto grande porque mi patria lo era;
Tu imágen las galeras guiaba á la victoria;
En sueños te veia y á tu divina gloria
Las tuyas enlazaba don Jaime el de Aragon.

Brillaban dos Raimundos. La tierra de Mallorca,
Cual aromas del bosque, cual brisas de los mares,
Al Dios del universo enviaba los cantares
De Llull el noble asceta, del yermo viva luz:
En tierra catalana de Peñafort la antorcha
Ardia derramando su luz por las naciones.
Señora, como buenos asaz los dos varones
Tu nombre propagaban, la religion, la cruz.

Qué cambio! Aquellos héroes hoy ven á nuestro siglo
De la embriaguez atea de hinojos ante el ara...
Si en círculos mundanos tu nombre pronunciara,
Con torpe indiferencia reiríanse de mí.

Querian, ó Señora; enmudecer mis labios
No lograrán del mundo las burlas presuntuosas;
Ni de ambicion el lauro, ni del placer las rosas,
Ni la mentida ciencia me apartarán de tí.

Para un cristiano pecho ¿qué son los atractivos
Y encantos de la tierra, riquezas y blasones?
Progresos de la industria, políticas cuestiones,
¿Podeis á mi alma eterna de la otra vida hablar?

¿Qué sois para el espíritu? viviente desengaño.
¿Qué oculta vuestro brillo? miseria y podredumbre!
No llegan, no, sus miasmas á esta enriscada cumbre;
Aquí de cerca puedo, María, á tí clamar.

Ah! como que me escuches! un rayo de clemencia
Hacia mí ya despiden tus ojos divinales,
Ya alhagan mis oidos palabras inmortales,
Una merced me ofreces lograr del Redentor.

Ah! no por mí Señora, por todos te la pido,
La salvacion del mundo, la libertad de España;
Que reine en nuestra patria la fé sin mezcla estraña,
Los pueblos enlazando que reine el santo amor!

Julio de 1869.

JOSÉ TARONJÍ CORTÉS.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

INFALIBILIDAD DE LA IGLESIA.

Disertó elocuentemente sobre este tema el presbítero D. Juan Maura, probando la *infalibilidad de la Iglesia* por el hecho de haberse esta llamado á sí misma infalible, y de haber obrado como tal por espacio de mas de diez y ocho siglos.

Habiendo hecho notar que semejante pretension de infalibilidad, examinada con el criterio de la prudencia humana, arguye *locura* en la Iglesia que dogmatiza, y *candidez* en los que doblan su frente ante el dogma, dijo que no rehusaba el calificativo de *locura*, toda vez que este le daba derecho á pedir esplicaciones sobre tan sublime como misteriosa *locura*, y continuó:

«Cualquiera se presentara hoy en dia en nuestra civilizada Europa con las pretensiones de ejercer una autoridad infalible, ¿creeis que obtendria otro resultado, sino arrancar una estrepitosa carcajada al sentido comun? A lo mas obtuviera aquella mirada de compasion que de las almas sensibles merecen las estrañas manías de un demente. ¿Cómo se esplica, pues, que en pleno siglo diez y nueve la Iglesia católica ejerza una autoridad infalible, cual la ejerció en los siglos pasados, cual la viene ejerciendo desde el primer dia de su solemne instalacion? Y cuenta que la ejerce, sin que el sentido comun suelte horrisona carcajada, sin que se pinte en semblante alguno la compasion. ¡La compasion! ah! como la compasion se reserva para las locuras humanas, para este estraño é incomprensible género de *locura* cosas mas altas se están reservadas! Sí, la infalibilidad de la Iglesia inspira religioso respeto y sumision profunda á los hijos de la autoridad; y á los hijos del libre exámen les infunde recelosa suspicacia primero, y despues pueril despecho ó saña impotente. Pregunto, pues, una vez mas: ¿qué incomprensible linaje de *locura* es este que inspira nó compasion sino veneracion y amor, nó desprecio sino celos?»

Llamó la atencion sobre otro hecho muy notable, es á saber, «que la historia de la infalibilidad dogmática y moral del catolicismo háse distinguido siempre por su carácter propio y peculiar que la hace humanamente incomprensible; pues por una parte parece que la Iglesia se pone en pugna con las reglas mas sencillas del sentido comun, y por otra obtiene los resultados mas satisfactorios é inesperados.» En confirmacion de lo cual hizo algunas reflexiones sobre el proyecto que concibieran los apóstoles de erigirse en jueces infalibles del pensamiento y la conciencia, proyecto humanamente atrevido, temerario y hasta ridiculo, y que no obstante fué puesto en ejecucion á pesar y despecho de los esfuerzos de la filosofia pagana y de las tiranías del poder temporal. Luego continuó:

«Lo veis, pues; lo que en el mas distinguido filósofo hubiera provocado la risa ó escitado la com-

pasion del mundo entero, en la Iglesia despierta los celos del orgullo humano, el odio y el deseo de venganza: el atribuirse la infalibilidad en el hombre mas eminente fuera necedad insigne ó solemnísima locura, en la Iglesia es profundo misterio: las pretensiones de infalibilidad fueran mas que suficientes para ocasionar el descrédito y la completa ruina del sistema filosófico mas ingenioso y mas profundamente pensado, y no obstante á ellas debe el catolicismo toda su pujanza, todo su poder y toda su gloria. ¡Misterio profundo en cuya inmensidad se perderá la razon humana que se empeñe en sondearlo, toda vez que menosprecie la lumbre divina de la fé! Pero continuemos, señores, y veremos como se acrece el misterio.

«La razon con su perpétua movilidad é incesantes evoluciones todo lo ha gastado, ha gastado reyes y repúblicas, ha gastado principios y gobiernos, escuelas y sistemas; y nada ni nadie ha podido sobreponerse á su accion roedora. Solo una autoridad, la autoridad infalible de la Iglesia ha sabido imponer silencio á la razon humana locuaz y respondona, y fijar su ligereza y versatilidad. ¿Cómo lo ha efectuado? Ved ahí otro misterio. En vano será que para explicarlo acudamos á las leyes ordinarias de la historia ó á los fenómenos psicológicos; ni los unos ni las otras nos darán luz, antes agrandarán las sombras y aumentarán la oscuridad. El hombre tiene, es cierto, una predisposicion natural á la fé en todo orden de ideas; pero no lo es menos que tiene una fuerte propension á discutirlo todo y á contrariarlo todo. Así es que los hombres mas eminentes, esos genios avasalladores que suelen adquirir grande predominio sobre las inteligencias de segundo orden, despues de mil tentativas y ensayos apenas si aciertan á reunir un corto número de discípulos para fundar una escuela, ó una porcion de prosélitos para establecer una secta. Y apenas organizada la una ó planteada la otra, pónese de por medio la razon humana que destroza en un punto y hora el trabajo de muchos años; viene la razon del discípulo á contradecir las doctrinas del maestro, produciendo escisiones, y creando una escuela dentro de otra escuela, una secta dentro de otra secta. Este es un hecho constante que no dudaria en calificarlo de ley de la historia y de ley del espíritu humano, pues se ha reproducido invariable y hasta diria periódicamente, en todas las filosofías y en todas las religiones, escepto la católica.

«Singularmente en nuestro siglo ha tomado este hecho grandísimas proporciones, pues la razon humana á medida que ha ensanchado la esfera de su libertad, háse tornado mas ligera y voluble. Comparad sino los tiempos presentes con los pasados, y vereis como el espíritu de escuela ó de secta se va estinguendo lentamente; vereis como van desapareciendo, mejor diríamos, han desaparecido ya aquellas nobles y severas figuras que en el campo de la ciencia, de las artes, y hasta diré de la política, descollaban en otro tiempo entre la muchedumbre, y llevaban tras de sí numerosos discípulos

que seguian sus pisadas. ¡Esclarecidos adalides del genio y del saber que capitaneaban huestes disciplinadas! pasaron ya! Hoy dia la razon no quiere trabas de ningun género; encerrada en el círculo de su individualidad, todo quiere discutirlo y resolverlo por sí y ante sí. Y el creciente afan con que á tan ruda tarea se consagra el hombre, gasta extraordinariamente las fuerzas de la razon y el prestigio del genio. De ahí el que vayan desapareciendo bajo un mismo nivel todas las eminencias políticas, literarias y científicas, porque en ningun ramo hay genio alguno, por extraordinario que sea, que se sienta con fuerzas bastantes para agrupar un número regular de discípulos en torno de una bandera. Hasta en política, ramo relativamente moderno, han desaparecido, ó á lo ménos han quedado inutilizados, aquellos grandes caracteres que á una energía predominante y avasalladora unian toda la habilidad necesaria para encauzar la opinion pública y regularizar y dirigir la marcha de una nacion. Hoy dia en todos los ramos, con muy ligeras escepciones tal vez nulas, descubriréis solo gefes de fraccion de menos que mediana talla.

«¿Es este un adelanto ó un retroceso? No seré yo quien lo resuelva: escesiva carga fuera para mis débiles hombros. Por lo demás lo único que á mi propósito atañe es consignar el hecho de que en todos tiempos, pero particularmente en nuestro siglo, el hombre que ha querido imponer á los demás sus ideas ha tenido que sostener una lucha porfiada; y los esfuerzos mas heróicos han venido por último á estrellarse en la natural inconstancia de la razon humana, que varía de opinion con la misma facilidad con que se varía de traje.

«No obstante el catolicismo ha sido el único poder, la única escuela, ó como querais llamarle, que ha sabido reunir al rededor de un punto fijo de doctrina á un sin número de inteligencias, manteniéndolas invariablemente unidas con los lazos de la fé; y todo ello por la sencillísima razon de haberse presentado á la faz del mundo como revestido de una autoridad infalible, es decir, de una autoridad tan contraria al curso ordinario de las cosas humanas, tan opuesta á las leyes que rigen á la inteligencia del hombre, que ninguna institucion se la ha atribuido nunca, ni aun pudiera atribuirsele sin convertirse en despreciable objeto de risa á los ojos del simple sentido comun.

«Y notad, señores, porque muy digno es de notarse, que esas inteligencias que se agrupan al rededor de la autoridad infalible y la acatan con sumision profunda, no son únicamente las inteligencias vulgares, sino que entre ellas se cuentan tambien las mas privilegiadas y esclarecidas, las cuales tienen á grande gloria depositar los limbres que mas las enaltecen á los piés de nuestra infalible maestra. Interminable fuera, y hasta enojoso por muy conocido, el catálogo que pudiera presentaros de talentos esclarecidos que, á pesar de saber cuanto puede saber el hombre, en puntos de fé y de moral, pendientes estuvieron siempre de los labios de la

Iglesia, cual el inocente parvulito está siempre colgado de los labios de su madre.

«Señores, concluyamos: ó la infalibilidad de la Iglesia es una locura insigne, ó bien es una sabia medida dictada por la prudencia. ¿Es una medida de bien calculada prudencia? ¿Pues cómo se explica que ni antes ni después de la Iglesia nadie la haya adoptado? cómo se explica que nadie se atreva á adoptarla por temor de escitar la risa del sentido comun? Y si es locura, que se me explique qué género de locura es esta tan distinta de todas las humanas locuras; que se me explique que linaje de locura es este que se ha apoderado de los mas claros talentos, y que mas há de diez y ocho siglos impera sobre millones de inteligencias, sin que nada hayan podido contra ella los desesperados esfuerzos de sus enemigos coligados.

«Ved ahí un círculo sin salida en que se halla metida la razon que no quiere ver en la infalibilidad de la Iglesia sino una invencion humana. Para nosotros la salida es cosa fácil: nosotros decimos que la presencia de Dios ampara á la Iglesia; así se comprende perfectamente que los fallos de la Iglesia han de ser los fallos de la eterna verdad, y sus actos los actos de la omnipotencia divina: la infalibilidad de la Iglesia, mirada bajo este punto de vista, deja de ser un enigma, y pasa á ser un milagro permanente, milagro que atestigua el poder y la grandeza y divinidad de N. S. Jesucristo.»

En la noche de hoy pronunciará un discurso sobre *el trabajo* el abogado D. Pedro Alcover.

El miércoles 6 continuará sus conferencias en S. Cayetano el Pro. Sr. Martorell, considerando *el orden intelectual sobrenatural en el alma, en Dios, en la Iglesia.*

BOLETIN DE LA ASOCIACION.

Del *Boletín de la Asociación de Católicos*, que publica en Madrid la Junta central y que recomendamos á nuestros consocios, tomamos la siguiente circular, tributando á ella nuestra adhesion así personal como colectiva.

«El cinismo con que en algunas librerías, tanto de Madrid como de capitales de provincia, se esponen á la venta las obras mas impías, blasfemas é inmorales, insultando groseramente al catolicismo, á la vez que al pudor y á la moral pública, obligan á la junta superior de la *Asociación de Católicos* á dirigirse, no tan solo á las juntas y á todos los socios, sino tambien á todos los literatos católicos, á los periódicos, diarios y revistas religiosas, á los editores y libreros honrados, y en fin á todas las personas amantes del decoro y de la honestidad pública, á poner un correctivo á tan grave escándalo, castigando con la afrenta á los autores de esas producciones ateas y blasfemas, dignas solo del desprecio, y con la pérdida de intereses materiales á los expendedores de ellas que, llevados de sórdida avaricia, venden lo bueno con lo malo, y no se avergüenzan de poner á los ojos del público folletos cuyos repugnantes títulos nos abstenemos de reproducir.

Para lograr este justo castigo por medio de una sancion penal que imponga *la verdadera opinion pública*, ya que la ley y el derecho callan, el medio mas eficaz es que todos los católicos y todos los hombres de bien se nieguen de

aquí en adelante á entrar en tales librerías, comprar en ellas ningun libro sino en caso de absoluta é imprescindible necesidad, darles a vender ninguna obra, ni hacerles encargo ninguno de suscripciones ni de libros. Conviene ademas que sepan ellos mismos que no se les compra ni se les hacen encargos por castigo de su impiedad, y que se les diga francamente la repulsion que su cinismo é impiedad inspiran.

La junta superior no debe descender á consignar aquí nombres propios, como tampoco quiere manchar las columnas del *Boletín* con los blasfemos títulos de esas producciones á que alude; pero las juntas provinciales y de distrito podrán indicarlo de palabra á las juntas parroquiales y sus respectivas secciones.

Convendrá tambien que se dirijan á los periódicos católicos, á fin de que reproduzcan esta circular en estos mismos términos, ó en los que les dicten su celo y su prudencia, atendidas las circunstancias locales, y que de palabra ó por escrito se exhorte igualmente á todos los literatos católicos á no poner sus libros á la venta en esos parajes, donde se ofende á la Divinidad de un modo tan grosero é insolente.

Dios guarde, etc.—Madrid 4 de marzo de 1870.»

Otra circular contiene, escitando á las juntas provinciales para que, al efecto de que se observen las leyes de la Iglesia acerca de la santificacion de las fiestas y domingos no apoyadas ya por la ley civil, promuevan entre los católicos, sean ó no individuos de la Asociación, la reunion de firmas al pié de una obligacion redactada en estos ó parecidos términos:

«Los que suscriben se comprometen, bajo su firma y palabra de honor, á guardar los mandamientos de Dios y de la santa Iglesia acerca de la santificacion del domingo y dias festivos; y para ello,

1.º Se abstendrán de trabajar en aquellas obras que la Iglesia prohíbe, y no permitirán tampoco que se trabaje en ellas por personas que estén á sus órdenes ó bajo su direccion.

2.º En caso de necesidad, obtendrán previamente el permiso del ordinario ó de la autoridad eclesiástica competente.

3.º Procurarán con su palabra, persuasion y ejemplo exhortar á la observancia de los dias festivos, é impedir sus profanaciones.

4.º Se comprometen á no comprar ni vender en domingo y dias festivos, sino en caso de absoluta necesidad; á no acudir tampoco á las escribanías para otorgamiento de escrituras y contratos, ni á las oficinas públicas sin grave urgencia.

5.º Se comprometen igualmente á no comprar en las tiendas y almacenes de los que no santifiquen los dias festivos, y en igualdad de circunstancias, favorecer á los buenos católicos que las observen.»

No dudamos que esta invitacion sea entre nosotros secundada.

En el mismo *Boletín* leemos las consoladoras noticias que siguen:

«Los decantados progresos del protestantismo en Madrid son escasos, digase lo que se quiera; y tanto que, segun se dice de público, los extranjeros principian á quejarse de que no corresponden á los grandes adelantos que se prometian y á las enormes cantidades invertidas en comprar las escasas y baladíes conciencias que hasta el presente han logrado atraer. Oportunamente advirtió el presbítero don Francisco Gago en una de sus cartas sobre los protestantes de Sevilla, que á estos señores les disgustan mucho la modestia, el silencio y el consejo del evangelio de hacer bien sin propalarlo, pues ellos anhelan por meter ruido, mucho ruido, y tocar la trompeta, segun la frase sarcástica del evangelio.

A ese género de divulgacion á son de trompeta corresponde el suelto citado. Si los protestantes de Ginebra han dado á los de Madrid esos 25,000 francos, deben ser nulos sus adelantos en Italia y Portugal, cuando en España se contentan con tan poco, á pesar de los millones que

han recibido de Inglaterra. La capilla de la calle de la Parada fué preciso cerrarla por falta de concurrencia, y murió á manos del ridículo, pues aquellos anabaptistas rebautizaron á un casado grotescamente, segun refirieron sus catecúmenos, con no poca hilaridad de las gentes del barrio.

La capilla de la calle de Juanelo, donde hoy tienen su escuela las juntas parroquiales de San Millan, Santa Cruz y San Justo, fué cerrada tambien por falta de concurrencia, pues á lo último apenas acudian doce niños, y aun estos dejaron de asistir en vista del mal comportamiento que tuvieron los protestantes con una parturienta que socorrian, con el fin de obligarla á que no bautizara su hijo en la parroquia, lo cual produjo gran indignacion en el barrio.

En la capilla de la calle de la Libertad ha disminuido ya la concurrencia de curiosos imprudentes que tuvieron al principio, y quedará cerrada probablemente dentro de pocos dias, y reemplazada por una escuela católica costeada por la junta parroquial de San José y la Asociación de señoras católicas de Madrid.

La capilla de la calle de la Cabeza, que ya estuvo cerrada por falta de concurrencia, adolece nuevamente de lo mismo, pues hay dias en que el titulado *pastor* no ha podido predicar por falta de concurrencia.

Conviene pues que los católicos acojan con reserva esas noticias intencionadas y amañadas acerca de los supuestos progresos del protestantismo en Madrid. Negar que hacen algun daño, por desgracia, seria faltar á la verdad; pero esta propaganda se ejercita casi siempre por medio del dinero mas que por la doctrina, y entre personas que ni por sus ideas religiosas, si algunas tenian, ni por sus costumbres pertenecian al catolicismo. Aun así, los católicos no podemos menos de deplorar semejantes apostasias; pero conste que no son, ni con mucho, lo que se quiere suponer, y que las juntas parroquiales de Madrid y las de señoras católicas, á pesar del poco tiempo que cuentan de existencia, salen ya por todas partes al frente de los protestantes, donde quiera que se presentan.

En breve, Dios mediante, podremos anunciar la creacion de algunas bibliotecas parroquiales, y tambien la apertura de escuelas gratuitas para la enseñanza científica del pueblo, con aplicacion á las artes y á la industria, si llegan á realizarse estos proyectos.

Con tanta satisfaccion como sorpresa ha recibido por el correo el director de la *Unidad Católica* un diploma de socio protector del *Ateneo de la clase obrera del Pueblo Nuevo* inmediato á Barcelona, en el cual no cuenta con relacion alguna. No pudiendo por lo mismo atribuir esta distincion sino á un espíritu favorable á las doctrinas del periódico, ó cuando ménos á un espíritu de elevada imparcialidad tan rara en ciertos círculos, se ha apresurado á contestar en los siguientes términos:

«El diploma de socio protector con que se ha servido honrarme ese Ateneo es para mí un consolador indicio de que en el seno de él no están divorciadas todavia de las ideas democráticas las doctrinas y sentimientos religiosos, y de que forman Vds. en este desgraciado pais una escepcion tanto mas honrosa cuanto mas rara, que no encuentro razon filosófica ni política para que no hubiera de ser la regla general. ¿Qué pueden Vds. haber visto en mí sino un escritor católico no afiliado á partido alguno, no campeón de clase determinada, sino persuadido de que clases y partidos todos necesitan de la libertad del evangelio para su mejora moral y material en este mundo y de las esperanzas inmortales del otro? Como tal me ofrezco á ustedes cuanto soy y cuanto valgo, estimando siempre entre las pocas distinciones que he obtenido y que ménos he deseado, la espontánea y cordial que de Vds. acabo de merecer.»

CRÓNICA DEL CONCILIO.

Se celebró la xxxi congregacion general el 22 de marzo, como estaba anunciado, empezando á las nueve de la mañana. Despues de la misa de Espíritu Santo y de las oraciones de costumbre, continuó la discusion general sobre el conjunto del primer *schema* revisado, de *Fide*.

Hablaron sucesivamente los reverendos señores Ginoulhiac obispo de Grenoble, Sabrano obispo de Tanes *in partibus*, el Ilmo. señor cardenal Schwarzenberg arzobispo de Praga (Bohemia), Kenrick arzobispo de San Luis (Estados Unidos), Cravard obispo de Coutances.

Terminada la discusion general y no habiendo padres inscritos para hablar, el reverendo señor Simor primado de Hungría subió á la tribuna, y en nombre de la comision de *Fide* respondió á las diversas observaciones y objeciones hechas por los padres. Dicese en Roma que habló con gran claridad y elocuencia.

Después empezó, segun estaba marcado, la discusion sobre el prólogo del *schema*, y hablaron los reverendos señores Moreno obispo de Jorea, Gandolfi obispo de Civitavecchia y Corneto, Dreux-Brezé obispo de Moulins, Strossmayer obispo de Bosnia y Sirmio.

La sesion se levantó á la una.

A continuacion de este extracto leemos en periódicos católicos relaciones de llamamientos al orden y de ruidosos incidentes ocurridos entre un prelado y el cardenal presidente. No será la *Unidad Católica* la que imite esta deplorable facilidad en acoger rumores que, ciertos ó no, violan el secreto de las discusiones y el respeto debido á todos y á cada uno de los miembros del concilio sean cuales fueren sus opiniones.

El conde Darú y el ministerio frances abandonan definitivamente sus pretensiones respecto al concilio. Al menos así se deduce de lo que dicen los periódicos de Francia. El gobierno frances se contentará con publicar un *memorandum* luego que termine la santa asamblea. El baron de Beust, como es protestante, se contenta con protestar. De manera que puede decirse que en este momento *facta est tranquillitas magna*.

Dicen de Viena que el conde de Beust, en un despacho que acaba de dirigir á Paris, declara que está de acuerdo con el conde Darú en la manera de considerar los 21 cánones. Respecto á la infalibilidad, el canciller la mira como cuestion puramente religiosa que en nada atañe á los gobiernos. El conde de Beust explica además en este despacho las causas que le han decidido á no pedir la admision de un embajador extraordinario de Austria en el concilio. Segun rumores muy acreditados, median comunicaciones muy activas entre Paris, Viena y Berlin con motivo del concilio. Se dice que varias potencias harán gestiones idénticas, si no colectivas, con la Santa Sede.

El *Journal de Genève* dá cuenta del despacho del señor Darú al cardenal Antonelli. El Sr. Darú hace constar el derecho del gobierno frances á ser oido en la discusion de los asuntos que tengan carácter misto; pero no lo reivindica hasta los límites que alcanzó en el concilio de Trento. Satisfaria sus deseos que un obispo nacional pudiese esponer en el concilio la situacion y los derechos de su pais.

Concluye proponiendo una modificación en el programa, pero sin formular ninguna amenaza en caso de negativa.

El cardenal Antonelli contestó que seria difícil para un obispo nacional conciliar su mision de embajador con la de padre del concilio. Sin embargo, promete no desoir las observaciones de la Francia, sin que esto sea concederla tal derecho.